Entre animales

¡Animales que no hablan!... ¿Puede encontrarse una ganga mayor?

De ella me cupo en suerte disfrutar ayer. Huyendo á otros animales parlantes me dirigí al monte del Pardo, y luego de pasearme sin dirección fija, me detuve frente á una plazoleta. Hice de una peña cojín; de una encina, toldo; del silencio, confesionario; de la soledad, compañía; y dejé que pupilas y pensamiento viajaran á su gusto con absoluta independencia.

Respirar unas ráfagas de aire puro es siempre útil para la salud del cuerpo y para la higiene del espíritu.

Por eso fuí al campo y dejé correr las horas sin contarlas, con el cigarro entre los dientes, las cuartillas vírgenes de párrafos, el lápiz caído sobre una mata de romero y el humo del cigarro manchando el espacio con tenues pinceladas azules.

De raro en raro un aleteo vigoroso venía á distraer mi quietud, haciéndome alzar la cabeza. Era una perdiz que huía asustada de mi presencia. Siguiendo su volar contemplaban mis ojos el espectáculo del cielo; un cielo enmatecido por las proximidades del crepúsculo, donde el sol, oculto tras las cresterías del monte, se delataba con un manchazo rojo, especie de hoguera monstruosa, á que servían de humo nubarrones plomizos que el viento empujaba hacia Madrid.

Otras veces, un rumor de hojas y ramas sacudidas me obligaba á fijarme en la tierra para acompañar la fuga de un conejo, que salvando explanadas pajizas, senderos verdes, lomas grises, cauces sin agua en que las piedras relucían como huesos mondados, y cumbres ásperas en que las encinas flotaban como cabelleras sin peinar, hundíase de un salto en las negruras de una *boca*.

Ave ó cuadrúpedo, los turbadores de la soledad y el silencio desaparecían en breve, y la soledad y el silencio tornaban á dominarlo todo, mientras las nubes iban haciéndose más densas y más pálidos los reflejos del sol...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Por tal modo ganó mi voluntad aquella hermosísima tarde, que mis sesos se olvidaron de discurrir y mis músculos de moverse; sólo mis pupilas, de par en par abiertas, andaban de izquierda á derecha, de derecha á izquierda y de arriba abajo. Gracias, ó, mejor dicho *desgracias* á esto, no parecía yo una estatua, sino uno de esos muñecotes estúpidos que no tienen movimiento más que en sus ojos espantados y azules.

De pronto me distrajo, obligándome á incorporarme sobre el codo, un ruido como de bastones que golpeasen unos contra otros; el suelo vibró, sacudido por sordo y acompasado trote; crujieron los matorrales que se levantaban frente á mí y un grupo de venados desembocó en la plazoleta.

Eran más de veinte; los capitaneaba un macho de remos ágiles y robustos, dura y remontada cornamenta y majestuoso pisar. El resto de la tropa seguía en pos de él sin voluntad propia, obedeciendo servilmente los caprichos del amo; parecían hombres, sólo que eran más bellos que los hombres y más gallardos también que los hombres en su misión. Acataban al más hermoso y al más fuerte.

Mi quietud hizo que al pronto ninguno de ellos se enterase de que había un extraño, un animal

forastero en *su* monte. Tan simpáticos eran, tan deleitosa placidez declaraba su marcha, tal ventura su descuido ramoneo, que no me atreví á menearme para no producir susto en la tribu, para no asustar á las crías que mordisqueaban las ubres de sus madres, á las hembras que contemplaban con dulces miradas á sus hijos, y al orgulloso macho puesto al frente de todos con empaque de jaquetón.

Si hago un ademán—exclamé para dentro—los asusto y me privo del espectáculo que ofrecen. Lo primero fuera crueldad; lo segundo, torpeza. Quieto, pues.

Pero mi bondad y mi amor á lo bello no contaban con una piedrecilla puesta debajo de mi codo. La piedrecilla se clavaba en mi carne, la carne me dolía... ¡Adiós bondad! ¡Adiós culto de la belleza! ¡Adiós sublimidades! Me erguí bruscamente y... ¿ustedes creerán que los venados echaron á correr? Pues, no; siguieron tan quietos como si yo hubiese sido un animal cualquiera y no un hombre. El macho me contempló de arriba abajo, volvió la cabeza sobre el cuello esbelto, sin duda para decir á sus súbditos: «No hay cuidado», y siguió arrancando hierbas con los dientes.

Es una tontería; pero aquella indiferencia me

irritó, y de un salto me puse en pié. Tampoco corrieron. Fué preciso que echase á andar y llegara á dos varas de ellos para que los animales me volviesen la espalda, no como quien huye, como quien desprecia, y se alejasen paso á paso hasta una loma, tras la cual descendieron, destacando airosamente en el gris horizonte sus cuerpos dorados por el beso último del sol...

—¡Lástima de escopeta!—grité furioso, dolido por el insultante desdén de aquellos cornudos.—¡Lástima de escopeta!

—¡Escopeta!—dijo una voz á mis espaldas.—¡Escopeta!... Aunque trajese usted veinte sería igual. ¡Digo, como no quisiera pagar quinientas pesetas de multa y dar con sus huesos en la cárcel!...

Quien así me interrumpía era un guarda.

—¡Cómo!—pregunté después de saludarle.

—Como usted lo oye—contestó.—¿Se figura usted que los gamos y los venados son tontos para permitir acercarse á la gente si corriesen peligro? Ni los que tienen arrendado el monte (el Patrimonio arrienda el monte) pueden cazar gamos y venados. Aquí sólo cuando vienen sus majestades y se organiza una batida, es cuando tienen los gamos y venados que temer. Entonces ya se enteran

ellos y procuran guardarse. A los demás hombres no nos hacen caso; de sobra saben que no hemos de causarles perjuicio.

—Naturalmente.

—¡Ah!

Y despidiéndome del guarda continué mi paseo, pensando que si yo debía estar agradecido á la Naturaleza porque privando á los animales de la palabra, me había proporcionado la dicha de convivir tres horas con animales sin oirles hablar, también debían estarle muy agradecidos los monárquicos, los que ponen el respeto á la monarquía por encima de todo.

Como los venados y los corzos hablasen, ¡qué de denuncias fiscales habría en el monte del Pardo!

Porque, es indudable, si las hembras de los venados y los gamos hablaran, cuando quisiesen asustar á sus crías para que no hiciesen travesuras, imitarían á las hembras humanas cuando quieren asustar á las suyas.

Sólo que en vez de gritarles: «¡Que viene el coco!» les gritarían: «¡Que viene el rey!»

¡Figúrense ustedes si era menudo el desacato!

Nube

—

Al medio día, el cielo estaba limpio. Era inmensa pizarra azul, en el centro de la cual había hecho el sol un boquete para asomarse sobre el mundo.

Sereno y limpio estaba el cielo; brillante y ardoroso el sol. Sin embargo, ni las serenidades del uno, ni las brillanteces del otro alegraban la tierra. Esta parecía víctima de la tristeza y del cansancio. El aire resbalaba por el espacio falto de rumor y de frescura, torpemente, desprendiendo vahos de asfixia. Los árboles, inmóviles, sin cimbreo en sus ramas, sin palpitaciones en sus hojas, sin voz, porque los pájaros no cantaban entre ellos, resultaban muertos en pie, coronados de verde. Las hierbas, sin insectos que las arrullaran, sin céfiros que las despeinasen, eran monótono tapiz. Los edificios, con sus puertas y ventanas entornándose frente á la luz, daban idea de una ciudad desalquilada. La gente iba y venía con andares vacilantes de beodo ó de enfermo; las bestias se dejaban caer contra las sombras; los hombres que viven del trabajo se dejaban también caer sobre la herramienta ó sobre el libro, sobre la cuartilla ó sobre el surco.

La Naturaleza toda sufría silenciosa, pero horriblemente, el yugo del cielo y del sol, que la privaban de aire y de frescura.

¡Aire, frescura!... La Naturaleza necesitaba de ellos para no morirse de calor y de sed, para que no la aplastase el peso bárbaro de la atmósfera, para que no la calcinase el fuego solar. Los necesitaba y los tendría. No era cosa de que la Naturaleza renunciase á la vida...

Primero fué un punto negro, apenas visible en el cielo azul; luego, algo como un borrón de tinta; pronto, mancha parduzca y desigual, que avanzó sobre el horizonte, sorprendiendo al sol con su avance, y haciéndole naufragar en una gigantesca ola gris...

Después, ni horizonte limpio, ni astro de oro. Una nube, una sola, negra, sombría, amenazadora, feroz, extendióse por el infinito; un viento

fuerte y húmedo sacudió la atmósfera; las hierbas temblaron como cabelleras de mujer revueltas despiadadamente por las manos celosas de un hombre; los troncos de los árboles se estremecieron; las ramas bracearon con acción epiléptica; las hojas comenzaron á caer en chaparrón verde contra la tierra; las ventanas y las puertas de los edificios abriéronse y cerráronse, con ruido de cristales rotos y de goznes descoyuntados; hombres y bestias tomaron actitudes de fuga; un relámpago inconcluible acardenaló la nube negra; siguió al relámpago un trueno formidable; abrióse de golpe la nube, y el granizo se desplomó encima de la tierra, en gotas blancas, afacetadas por el rayo y sacudidas por el huracán.

Fué un momento, un momento de un cuarto de hora; momento trágico en que la Naturaleza, rebelándose contra el despotismo del cielo azul y del sol áureo, se hizo monstruo impiadoso y cruel.

La nube negra, envolviendo al astro, fué calabozo de sus rayos; el azul celeste se desvaneció, muriendo entre las sombras grises; el granizo destruyó sembrados, aplastó hierbas, tronchó hojas, baqueteó cristales, formó sobre calles y tejas y azoteas, montones perlinos que se deshacían en chorros de agua; á torrentes saltaba ésta por las

aceras y paseos; en cascada caía de los remates de los edificios. El huracán zarandeaba los troncos haciéndoles gemir sordamente; el rayo los abría con hachazos de lumbre; un pobre animal rodó muerto junto á los rails de un tranvía; un hombre medio asfixiado en mitad del arroyo; las chimeneas bailoteaban sobre sus cimientos de ladrillo... Una obscuridad siniestra, cubriéndolo todo, seres y cosas, árboles y edificios, desdibujaba trágicamente la catástrofe.

La nube se deslizó de pronto. El sol brilló con más fuerza en el horizonte; el cielo tuvo en su azul pulimentos más ricos; el aire, encalmándose poco á poco, se agitó suave y dulcemente... Aquí y allá quedaban los recuerdos de la batalla: vidrieras rotas, árboles partidos, ramas sin sostén, cornisas destrozadas, charcos de agua, montones de fango; gentes, despavoridas aún, que se sacudían la ropa con ademanes de perros chapuzados por fuerza.

Y fuera de la ciudad, cosechas perdidas, hogares que soñaban con la abundancia y despertaban en la miseria.

La nube, con su terrible embestida, había causado víctimas; pero la Naturaleza salía del combate como de un baño de salud...

¿Qué importan esas brutalidades momentáneas de los elementos, si son necesarias para que la Naturaleza prosiga su fecunda y eterna labor? ¡Lo que importan las brutalidades sociales cuando son necesarias para que los hombres avancen hacia el porvenir!... Nada.

Después de ellas siempre se puede observar el mismo fenómeno. El cielo tiene más pureza en su azul y más oro el sol en sus rayos.

Problema resuelto

Los veo allá abajo, hacia el Sur, agrietándose para adquirir mayor superficie y humedecer sus extremidades en el mar... Son los campos de Andalucía, caldeados por los rayos del sol, vestidos á grandes trechos con gallardas espigas de oro y á grandes trechos faltos de cultivo y suspirando su forzosa esterilidad por las bocas de sus quebraduras resecas.

Estas superficies incultas no pertenecen al Estado; son propiedades de señores particulares, quienes, tan obscuros de recursos como sobrados de vanidad, dejan vivir muertas para la producción española y para el sostén de miles de individuos, hectáreas y hectáreas que otros hombres po-

dían hacer fértiles con el esfuerzo de sus brazos, faltos de tarea, y en beneficio de sus estómagos, faltos de pan.

Allí están ellas, mostrando al sol su endurecida superficie, su carne gris, que ni el riego vivifica, ni el arado desflora, ni el azadón revuelve, ni el labriego siembra; allí están, esclavas olvidadas, que sus dueños dejan agonizar miserablemente en los rincones del serrallo, para decir á sus visitantes con egoista y estúpido orgullo:

—Estas hembras son mías. Mi falta de caudales no me permite engalanarlas y vestirlas como á las compañeras suyas, de quienes hice mis favoritas; mi impotencia me fuerza á dejarlas abandonadas é infecundas. Claro que, en poder de otros hombres, acaso, y sin acaso, cumplirían espléndidamente los fines para que la Naturaleza las creó; pero entonces no fueran mías; supiérase que me era imposible sostenerlas, y yo paso por todo menos por disminuir ante ojos extraños las tributarias de mi harén.

Así, con esta lógica de sultán pobre, discurren los propietarios andaluces y los de muchas regiones de España: y, acordes con esta lógica, dividen sus tierras en fértiles y eriales, con la misma razón con que el egoismo social divide á los hombres en potentados y en miserables, en hambrientos y en hartos.

¡Triste espectáculo el de las tierras sin cultivo, que los pájaros no quieren entretener con sus cantos porque no encuentran alimento que picotear, y los labriegos cruzan de prisa, contemplándolas rencorosamente porque no pueden hundir en ellas su herramienta y ganar, trabajándolas, el pan de sus hijos!... ¡Triste espectáculo el de esas tierras, espectáculo del cual distrae al caminante el paisaje de los cultivados terrenos que lucen sobre su espléndido escaparate el poderío del campo andaluz!

La tierra cultivada paga con usura el esfuerzo de sus cultivadores, pariendo olivares donde la aceituna broncea entre las hojas verdes; construyendo bosques de naranjos, que los frutos adornan como esferillas de oro; de granadas en flor, que parecen selvas de coral regaladas á la campiña por el mar; de huertas donde los árboles son comedor de pájaros, las hortalizas bodegón de insectos y las flores lecho nupcial de mariposas. Tierra pródiga y agradecida que se abre por mil partes á un tiempo desbordándose en tallos empenachados con robustas espigas; en troncos enormes que los pámpanos cubren con tonos color

de esmeralda y los racimos adornan con pendientes de ámbar y azabache; en hierbas que el ganado pace y el rocío esmalta y suaviza. Tierra incansable en dones, que, no satisfecha con cubrir su superficie de tesoros, los esconde en su fondo también para que el minero los bucee ydescubra.

Por eso pueden los grandes propietarios andaluces y los grandes propietarios de diversas partes de España dejar sin cultivo la mitad de sus campos. Con lo que produce la otra mitad, cuando la cosecha es abundante, tienen de sobra para todo: para pagar la contribución y las bestias y los hombres empleados en las faenas del terruño; la época de la recolección viene, y, una vez llegada, sólo piensa conducir trigo, centeno, maíz y cebada á los graneros; meter los frutos en los vagones, la aceituna en las prensas y la uva en los lagares, para que el propietario viva tranquilo y disfrute en paz los rendimientos de su hacienda.

Pero ese instante, el de la recolección que debiera ser punto de reposo y felicidad para el propietario, es al presente hora de angustia, de sobresalto y de recelo.

El trabajador andaluz, el que hasta hace pocos años se conformaba con una peseta de jornal y dos gazpachos, para realizar las faenas agrícolas,

ahora se resiste á admitir tan mezquina soldada y tan miserable alimento; ya no quiere afanarse de sol á sol con la hoz en la mano y el sol cayendo á plomo sobre su cabeza, segando tallos, amontonando haces, trillando espigas y aventando grano, por tan poco jornal; ya no quiere por él destrozarse los brazos en el vareo de la aceituna, las piernas en el pise de la uva y los riñones en el espurgo de la vid. Cree que esos campos, sembrados por él, cuidados por él, fecundizados y enriquecidos con su esfuerzo, le pertenecen en gran modo; y mientras llega la hora de ser condueño de ellos, exige á los amos un salario que le permita vivir como hombre y un alimento que no le haga comer igual que comen los perros del cortijo.

«No; no trabajo si no accedes á mis pretensiones—dice el obrero del campo al propietario de las tierras.—Tuyo es, legalmente, todo eso que he cultivado yo; pero eso es nada si en tiempo oportuno mis brazos no lo varean y lo siegan y cortan, mis espaldas no lo cargan, mis piés no lo pisan. Accede á mi demanda ó te niego mi auxilio. Y el obrero se cruza de brazos.

«—Mira—dice el propietario encarándose con el obrero—bien quisiera yo; sabes que lo he hecho hasta donde lo permiten mis fuerzas, aumentar tu

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

soldada y mejorar tu alimentación; pero las contribuciones, el coste enorme que por culpa de la insania gubernamental supone regar esas tierras y hacerlas producir; la alta tarifa de transporte que tienen los ferrocarriles en España; las dificultades de exportación y otra multitud de motivos que tú desconoces, me impide complacerte. Haz lo que quieras, porque yo no puedo hacer más. Y se cruza de brazos también.

De estos dos cruzamientos de brazos, surge el conflicto que comienza por la negativa del amo, por la declaración en huelga del obrero, y acaba por matar al obrero de hambre, y por arruinar, no al propietario, que esto, aún siendo muy sensible, sería poco porque se trata de un individuo; al Estado, á la nación, forzados á sufrir las tristes consecuencias que esas cosechas paralizadas, esos propietarios faltos de brazos, y esos jornaleros muertos de hambre, han de provocar forzosamente.

Esto ocurre en Andalucía todos los años; y todos los años el Gobierno se preocupa de ello mucho y trata de poner remedio á los males. ¡Vaya si trata! El que padecemos hoy lo ha anunciado ya.

¿Remedio? ¿Cómo? ¿Recordando que en buenas leyes económicas sólo se es propietario de una tierra mientras se la hace producir; y quitando las

tierras sin cultivar á quienes por no cultivarlas, dejan de ser sus amos, para entregarlas á manos que las hagan fértiles en beneficio propio, primero, y en el del Estado después? ¿Haciendo que el cultivo de esas tierras disminuya, con lo que por realizarlo se pague á la Hacienda la contribución de las otras, proporcionando así á los propietarios facilidades para atender las reclamaciones del obrero? ¿Obligando á las Compañías ferroviarias á mermar sus tarifas y á los ministros de Agricultura á ocuparse menos en política y más en las obligaciones de su cargo?

No; á juzgar por las informaciones periodísticas que acabo de leer, es cierto que el Gobierno anda preocupado con la cuestión agraria en Andalucía, y que se propone resolverla. Con este objeto ha ordenado que se reconcentren fuerzas del ejército y la guardia civil en aquellos puntos donde las huelgas puedan estallar.

Tal ha sido la única decisión gubernamental enfrente del problema. Si la huelga estalla y los trabajadores atentan á la libertad del trabajo, ahí están los fusiles, que pueden más que las herramientas obreras; y problema resuelto.

Verdaderamente, el sistema es de los más eficaces y de los más cómodos.

Al que se desmande, tiro limpio. Si el hambre y la miseria y la desesperación, consiguen que los brazos que se nieguen á manejar las herramientas trabajadoras, en cumplimiento de su oficio, las alcen en actitud hostil, ya se logrará que herramientas y dueños caigan juntos, regando acaso con su sangre la tierra sin cultivar de las campiñas andaluzas. Y nada más por ahora.

Con esto hay bastante hasta el año próximo, en que volverá á plantearse el problema, y en que muchos mozos de los que hoy empuñan la herramienta trabajadora, empuñarán el Maüser.

Resurrección.

Venían del escenario á la sala bocanadas de aire sano y fuerte. La Tubau, estimulando sus extraordinarias condiciones de actriz, al punto de trocar la ficción escénica en realidad trágica, nos presentó hecha carne viva á la Maslowa, disecada por Tolstoï en su portentosa novela.

Durante el breve espacio de tres horas desfilaron ante mí, convertidos en cuadros é imágenes de bulto que hablaban y que se movían, los principales capítulos de *Resurrección*. El público burgués oía con arisco asombro, pero con domada actitud, los piquetazos descargados contra la sociedad moderna por el piadoso é implacable anarquista ruso, mientras la verdad, la justicia y el